

PARTE TERCERA

Capítulo III

Sale Morgan de La Española para Providencia, y se la toma.

Morgan y sus compañeros partieron del Cabo Tiburón (1) el 16 de diciembre de 1670, y después de cuatro días de navegación llegaron a la altura de la isla de Providencia que seguía en poder de los españoles; en ella recluyen a los delincuentes de sus dominios antillanos. En ciertas estaciones del año llegan allí inmensas bandadas de palomas. Cuatro venas de agua la riegan, pero dos se secan en el verano. Sus habitantes no ejercen ninguna clase de comercio, ni tampoco siembran nada que no sea lo estrictamente necesario para su sustento, aunque esa tierra produciría muy buen tabaco.

Tan pronto como llegó Morgan cerca de la isla envió su mejor velero a ver si no había allí barcos enemigos que le impidiesen desembarcar. Temía también que los isleños previnieran a las autoridades españolas.

Al día siguiente, antes de amanecer, la flota pirata entró en la bahía de Aguada Grande, en donde recientemente los españoles habían emplazado una batería de cuatro cañones. Morgan desembarcó con más o menos mil hombres que dividió en escuadrones, y con ellos se aventó al monte sin más guías que unos pocos hombres que habían estado en la isla cuando Mansvelt la tomó y la saqueó. Ese mismo día llegaron a cierto lugar donde los gobernadores tenían antes su residencia; allí estaba la batería llamada La Plataforma, pero no hallaron a nadie en ella, pues los españoles se habían trasladado a la isla más pequeña que, como hemos visto antes, esta tan junto a la grande que un pequeño puente las une.

Estaba la islita tan bien fortificada que parecía inexpugnable. Y los españoles, apenas vieron llegar a los piratas, comenzaron a vomitarles metralla tan furiosamente que ese día no pudieron avanzar un solo paso. Así pues, se retiraron a descansar sobre la hierba, la que para ellos no era cama extraña acostumbrados como estaban a dormir a campo raso. Lo que sí les afligía era el hambre, ya que en todo el día no habían probado bocado. Y para colmo de males a eso de media noche comenzó a llover tan copiosa-

(1) En La Española

mente que aquellos pobres diablos tuvieron que aguantar las cantaradas de agua sin poder capearse, y arropados sólo con camisa y pantalones, sin medias ni zapatos. No les quedó más recurso que derribar unos ranchitos y hacer fuego de su madera. Hallábanse entonces en tal situación que si sobre ellos hubieran caído cien hombres regularmente armados, los habrían masacrado. Al romper el alba cesó la lluvia y comenzaron a limpiar sus armas y secar la pólvora que se les había mojado; en seguida reemprendieron la marcha. Mas a poco volvió a llover más recio aún que antes —tal como si el cielo se hubiera rajado impidiéndoles seguir avanzando hacia los fuertes desde donde los españoles volvieron a cañonearlos sin interrupción desde que los vieron.

Grandes eran los apuros de los piratas cuyas vidas peligraban a causa de las inclemencias del tiempo, de su desnudez, del hambre y de las balas españolas. Pudieron por suerte matar en parte el hambre gracias a un caballo viejo y trasijado que encontraron en el campo todo cubierto de púntulas y mataduras. Acto seguido lo sacrificaron y los más afortunados alcanzaron una pizca de carne que asaron y devoraron sin sal ni pan, que más que gente parecían lobos famélicos. La lluvia no cesaba de caer y Morgan comenzó a oír refunfuños de gentes que querían regresarse a los barcos. Ante el desmayo espiritual y físico de los piratas, Morgan resolvió repentinamente aplicar un remedio singular. Y fue que ordenó aparejar una canoa que con bandera blanca fuese a donde el gobernador español con este mensaje: “Si dentro de pocas horas no se entrega con toda la tropa, le juro que entraré al fuerte y pasaré a cuchillo a todos sin perdonar a nadie”.

A medio día regresó la canoa con la siguiente respuesta: “Deme dos horas de tregua para consultar en junta de oficiales. Al cabo de ese tiempo le dare una respuesta definitiva”. Y a la hora indicada el gobernador envió dos canoas con bandera blanca, y a dos emisarios para hablar con Morgan, pero antes de desembarcar pidieron que los piratas enviaran a dos de los suyos en prenda de seguridad. Morgan envió a dos de sus oficiales, y los españoles saltaron a tierra diciendo que el gobernador había resuelto entregar la isla por no tener suficientes fuerzas para defenderla contra una armada tan poderosa. Pero al mismo tiempo rogaba a Morgan que, para salvar el gobernador y sus subalternos su reputación de soldados, simulase la siguiente estratagema: Que Morgan llegara de noche cerca del puente que une a las dos islas y atacara el fuerte de San Jerónimo; que al mismo tiempo la flota entera se acercara al fuerte de Santa Ana y lo atacase, desembarcando en el interín más gente cerca de la batería de San Mateo; que estas tropas recién desembarcadas capturaran al gobernador que en esos momentos iría tratando de llegar al fuerte de San Jerónimo, y aparentaran obligarlo a entregar dicho fuerte; y que él llevaría a los ingleses al interior del mismo bajo la ficción de que eran sus propias tropas, que

de una y otra parte tiraran continuamente, pero sin balas, o bien al aire, a fin de que nadie resultase muerto ni herido, y que entonces, habiendo ganado dos fuertes —los principales de la isla— no habría razón de exponerse por los otros.

Aceptó Morgan la propuesta advirtiendo que el gobernador debía hacer honor a su palabra, pues que de lo contrario los trataría con la mayor dureza. Reiteraron los españoles su promesa y se despidieron para ir a dar cuenta de lo acordado con el pirata, quien ordenó a la flota entrar al puerto y que sus hombres se prepararan para atacar esa noche la fortaleza de San Jerónimo. Y dio comienzo la fingida batalla con incesante fuego de artillería disparado desde los navíos y de los fuertes de la isla, pero sin balas, conforme a lo pactado. Después de este simulacro de batalla desembarcaron de noche en la isleta los piratas y se apoderaron de ambos fuertes, obligando a los españoles —pero de mentiras— a huir y refugiarse en la iglesia. Se había ordenado al gobernador mantener a toda su tropa encerrada, porque si los piratas encontraban a un español en las calles, lo tirarían.

Bajado el telón de este sainete, declararon los piratas guerra a las gallinas, al ganado y a todo género de comestibles. No se ocuparon por cierto tiempo más que en hartarse y en farrear. Si había escasez de leña para cocinar, se metían en cualquier casa y la demolían para hacer fuego con su madera. Al día siguiente juntaron a todos los prisioneros que sumaron 450 entre hombres, mujeres y niños, distribuidos así: 190 soldados; cuarenta personas casadas, cuarenta y tres niños; 34 esclavos del rey, con 8 niños; ocho delincuentes; 39 negros esclavos pertenecientes a particulares; 27 negras y 34 niños. Los piratas desarmaron a los soldados y los enviaron al campo a traer víveres; las mujeres se quedaron rezando en la iglesia.

En seguida inventariaron los piratas el material bélico capturado. Los fuertes eran nueve, a saber: El de San Jerónimo, contiguo al puente tenía 8 cañones de a 12, 8 y 6 libras, más 6 pipas con 10 mosquetes cada una. Aquí hallaron 60 mosquetes con suficiente pólvora y toda clase de municiones; el segundo fuerte, que era el de San Mateo, tenía 3 cañones de 8 libras cada uno; el tercero, y principal de todos, llamado Santa Teresa, contaba con 20 cañones grandes de a 18, 12, 8 y 6 libras, con 10 pipas de mosquetes, como los que ya dije, y 90 mosquetes más, fuera de otros pertrechos. Este fuerte era de piedra y argamasa, de muros muy anchos y tenía a su alrededor un foso de veinte pies de hondo, que aunque estaba seco era difícil de pasarlo. El fuerte no tenía más que una sola puerta de entrada en el centro del mismo. Adentro tenía un caballero casi inaccesible con 4 cañones en la cima, desde donde se podía disparar directamente sobre el puerto. Por el lado del mar este fuerte era inexpugnable, debido a las rocas contra las cuales rompe furiosamente el oleaje; por el lado de

la montaña está emplazado sobre una loma con un solo caminito que lleva a él de 3 ó 4 pies de ancho. El cuarto fuerte, llamado San Agustín, tenía 3 cañones de a 8 y de 6 libras. El quinto, La Plataforma de la Concepción, contaba únicamente con 2 cañones de a 8 libras. El sexto, el San Salvador, tenía igualmente 2 cañones. El séptimo, que nombraban Plataforma de los Artilleros, tenía también 2 cañones. El octavo, el Santa Cruz, tenía 3. Y el noveno, de nombre San José, tenía 6 de a 12 y 8 libras, además de 2 pipas de mosquetes y bastantes municiones.

En la Santabárbara hallaron más de 30 000 libras de pólvora, con toda clase de municiones, lo que fue llevado a bordo de los barcos. Los cañones españoles fueron clavados y taponeados, y los fuertes demolidos, excepto el de San Jerónimo en que se acuartelaron los piratas. Morgan preguntó si entre los delincuentes había alguno que fuera nativo de Panamá o de Portobelo. Le llevaron a tres que dijeron conocer muy bien los pueblos y caminos que conducen a esas ciudades. Les preguntó si querían servirle de guías y llevarlo a Panamá por los mejores y más seguros caminos, y que, si cumplían bien su encargo, les daría la misma parte que a los piratas de todo lo que saquearan en esa expedición; y que después los llevaría a Jamaica en donde les dejaría en libertad. Los delincuentes aceptaron de buen grado la propuesta, prometiendo servirle fielmente en todo lo que él mandara. El que fue más enfático de los tres —el peor bribón y más grande ladrón y asesino de todos los de su laya— merecía que por sus crímenes le rompieran todos los huesos y no que por todo castigo los españoles lo tuvieran prestando servicio militar en la guarnición de la isla. Este bandido ejercía gran influencia sobre los otros dos, y los dominaba a su capricho.

En seguida mandó Morgan aparejar cuatro navios y una chalupa con todo lo necesario para ir a tomarse el castillo del río Chagres (1) emplazado sobre el río de ese nombre. No iría él con el grueso de la flota para no despertar en los españoles la sospecha de que tenía puesta la mira en Panamá. Embarcó en ellos a cuatrocientos hombres que salieron a cumplir la orden del cabecilla. El, entre tanto, se quedó en la isla de Providencia con el resto de su gente esperando la noticia del éxito de sus armas.

(1) En Panamá

Capítulo IV

Cuatrocientos piratas se toman el castillo del río Chagres.

Morgan nombró vicealmirante de la flotilla de esos cuatro navíos y una chalupa a un tal capitán Brodely. Este hombre llevaba largo tiempo de andar por aquellas latitudes en donde había cometido muchos robos en propiedades españolas, como por ejemplo cuando Mansvelt se tomó la isla de Providencia. Por tanto, era buen conocedor de esas costas; así pues, se le consideró apto para tal cometido, y más aún porque entre los piratas tenía fama de ser enemigo jurado de los españoles. Tres días después de haberse despedido de Morgan llegó Brodely a la vista del castillo del Chagres, que los españoles llaman de San Lorenzo. Se asienta éste sobre un alto cerro a la entrada del río y lo rodea por todos lados una fuerte empalizada de troncos de árboles, muy bien terraplenada, lo que la hace una trinchera tan fuerte y segura como si fuera de piedra o de ladrillos. La cima de este cerro está escindida en dos partes, entre las que hay un foso de treinta pies de profundidad. Tiene el castillo una sola entrada, a la cual se llega por un puente levadizo que cruza el foso. Por el lado de la montaña tiene cuatro bastiones y por el mar dos. La parte que mira al sur es completamente inaccesible por lo anfractuoso de sus faldas; por el norte lo cifie el río que allí es muy ancho. Al pie del castillo está emplazada una fuerte batería de ocho cañones que guarda la entrada al puerto; un poco más abajo hay otras dos baterías con seis cañones cada una que defienden la boca del río. Al un lado del castillo están dos grandes bodegas en que se almacenan los pertrechos y las mercaderías que llegan del interior del país. Cerca de las bodegas hay dos escaleras muy altas por las que se sube a la cima del castillo. Al oeste yace el puertecito cuya bahía tiene una profundidad de siete u ocho brazas, muy adecuada para barcos de poco calado. Hay frente al castillo, en la boca del río, una enorme roca que en la marea baja se ve a flor de agua.

Desde el instante en que los españoles divisaron a los piratas apuntaron sus más grandes cañones contra ellos y comenzó la batalla. Anclaron los barcos en un puertecito distante una legua más o menos del castillo. Por la mañana del siguiente día saltaron a tierra y se internaron en un monte para iniciar por allí el asalto. La caminata duró hasta las dos de la tarde. Causas de tan larga duración fueron lo quebrado del camino y los cenagales; aunque los guías que llevaban los condujeron correctamente, se colocaron al principio en un terreno tan despejado que perdieron muchos

hombres barridos por la artillería. Esto les preocupó mucho, pues ese era el único punto por donde por fuerza habían de atacar, y no tenían como defenderse de la metralla. Y más todavía: El lugar en que se asentaba el castillo y sus anchos muros hacían dudar del éxito del ataque. Y lo que era volverse, ni pensarlo, pues temían la burla de sus camaradas de la isla.

Finalmente, después de vacilaciones y disputas, resolvieron arriesgar el todo por el todo lanzándose al asalto sable y granadas en mano. Los españoles se defendían con denuedo volándoles metralla y gritándoles al mismo tiempo: “¡Venid, perros ingleses, enemigos de Dios y de nuestro rey; que también entren los que vienen detrás; jamás llegaréis a Panamá!” Los piratas trataron de escalar los muros pero fueron rechazados de vuelta al campo en donde esperaron la noche para volver a la carga. Luego, al amparo de las sombras intentaron otra vez escalar el muro y arrancar la empalizada. En esto estaban cuando ocurrió algo extraordinario que dio la victoria a los piratas. Y fue que habiendo una flecha atravesado de parte a parte a un pirata, éste se la sacó y tomando un poco de algodón que llevaba envolvió la flecha en él, y poniéndola dentro del cañón de su mosquete la devolvió al patio del castillo. La pólvora encendió el algodón y la flecha cayó en el techo de una casa de caña y pajas que había dentro del castillo sin que de pronto los defensores lo advirtieran. Otros dos ranchos cogieron fuego también y las llamas llegaron hasta el polvorín que estalló.

Los españoles descuidaron la defensa tratando de apagar las llamas que se propagaban a toda la fortaleza, pero no tenían agua suficiente, de lo cual se aprovecharon los piratas para pegarle fuego también a la empalizada. Las llamas invadieron entonces varios puntos del castillo ante el espanto de los españoles. Y habiendo el fuego abierto brechas en la empalizada que al desplomarse cegaba junto con mucha tierra el foso, los piratas avanzaron sobre la madera medio quemada y la tierra amontonada para invadir el castillo. Visto lo cual por algunos españoles que no estaban atareados en extinguir el fuego, corrieron a lanzarles bombas incendiarias y ollas llenas de materias fecales. Muchos ingleses fueron contenidos.

A pesar de la porfiada resistencia de los españoles, antes de media noche se había quemado toda la empalizada y los piratas seguían empeñados en la toma del castillo; para lo cual —con todo y que las llamas seguían crepitando— avanzaban a gatas, y por entre los claros dejados por ellas disparaban contra los defensores que desde lo alto del muro caían abatidos. Con el alba vieron los piratas lleno el foso de tierra de madera chamuscada, de suerte que los defensores estaban ahora, como los piratas antes del asalto, a cuerpo descubierto; y comenzaron a mandarles granizadas de balas que diezaban a los españoles. Y morían allí porque su co-

mandante les había ordenado emplazar los cañones en las brechas abiertas al derrumbarse la empalizada y los muros.

Seguía el incendio avanzando y los piratas, desde afuera, trataban de impedir con sus disparos que los españoles apagaran las llamas. Una parte de los piratas se ocupaba de esto, y otra vigilaba los movimientos del enemigo. A eso de medio día los ingleses lograron alcanzar una brecha que el propio gobernador defendía con veinticuatro soldados. Y la ganaron a pesar de la denodada resistencia de los españoles armados de mosquetes, picas, piedras y espadas; pese a todo, los piratas entraron y tomaron el castillo. Los españoles que sobrevivieron al asalto se lanzaron desde los muros del castillo al mar, prefiriendo morir de esa manera antes que pedir cuartel; pocos —si es que alguno— salvaron la vida. Retiróse el comandante al cuerpo de guardia en donde había dos cañones para seguir defendiéndose hasta lo último, cuando una bala de mosquete le destrozó el cráneo matándolo en el acto.

Muerto el comandante y tomado el cuerpo de guardia, hallaron aún con vida a unos treinta hombres, de los cuales ni diez siquiera estaban sanos. Estos dijeron a los piratas que ocho o nueve soldados habían escapado yéndose a Panamá donde seguramente darían la noticia. Estos treinta eran los únicos que quedaban de la guarnición de trescientos catorce que defendían el castillo al comienzo del asalto, y no encontraron los piratas a un solo oficial con vida. Hicieronlos prisioneros y les obligaron a decir lo que sabían acerca de los futuros planes de sus jefes. Declararon entre otras cosas que tres semanas antes el gobernador de Panamá había recibido noticias de Cartagena respecto de que los piratas estaban armando una flota en La Española con el propósito de tomarse la ciudad de Panamá. Y esto más: Que lo mismo había informado un pirata desertor del Riohacha (1) en donde los piratas se estaban abasteciendo de maíz. En vista de lo cual el gobernador envió al castillo 164 hombres de refuerzo, más muchas provisiones de guerra y de boca; la guarnición ordinaria era de sólo 150 soldados. Y más todavía: Que el gobernador tenía armadas a lo largo del río Chagres varias emboscadas, y que con 3,600 hombres esperaba batir a los piratas en las llanuras de Panamá.

La toma del castillo costó a los piratas muchísimos hombres en comparación con los que generalmente perdían en acciones similares. Porque aquí tuvieron muchas más bajas que las sufridas en la isla de Providencia. Haciendo cuentas murieron más de cien y más de setenta resultaron heridos. Ordenaron los piratas a sus prisioneros lanzar desde arriba de los muros derruidos del castillo a la costa del mar a sus propios compañeros muertos y enterrarlos allí. Los heridos fueron llevados a la capilla del castillo que fue convertida en hospital, y allí mismo encerraron a las mujeres.

(1) En Colombia

LOS BUCANEROS EN AMERICA

Enterado Morgan de la toma de Chagres, y viendo que ya nada tenía que hacer en Providencia, se dispuso a zarpar de allí y mandó embarcar todo lo que pudiera encontrarse de maíz y de casabe para llevar a la gente del castillo. Echaron al mar, en cierta parte de la isla que ellos conocían, los cañones de la misma con el propósito de sacarlos después y volverlos a montar a fin de mantenerla bien fortificada y hacerla nido permanente de piratas. Ordenó también pegar fuego a todos los fuertes, salvo al de Santa Teresa, que él consideraba el más sólido y seguro, para poder utilizarlo a su regreso de Panamá. Llevándose a todos los prisioneros isleños tendió velas para el río Chagres, a donde llegó a los ocho días. Y fue tan grande el regocijo de la flota al divisar la bandera inglesa flameando en lo más alto del castillo, que los pilotos, sin parar mientes en los peligros que pudiera oponerles la barra del río, se adentraron atrevidamente en ella. Cuatro navíos encallaron, y uno de ellos fue el del propio Morgan; pero tuvieron la suerte de salvarse todos los hombres y el cargamento que llevaban. Mas no así los barcos que a causa de un fuerte norte que se levantó fueron a estrellarse contra los arrecifes de la entrada.

Subió Morgan al castillo entre los vítores y aclamaciones tanto de de parte de los que ya estaban en él, como de los que iban llegando. Después de escuchar el relato de la victoria mandó que los prisioneros fueran a trabajar en las reparaciones, y sobre todo en la erección de una nueva empalizada que ciñese el castillo y sus dependencias. Quedaban aún en el río algunas barcas españolas llamadas por ellos chatas, utilizadas en el transporte de mercaderías en el río, y que también van hasta Portobelo. Llevan las tales chatas comúnmente dos grandes cañones de hierro y cuatro pequeños de bronce. Tomáronlas todas y además cuatro bongos y los botes que hallaron. En el castillo dejó Morgan una guarnición de 500 hombres, y en los barcos que quedaron en el río 150 más. Cuando todo estuvo en orden partió a Panamá a la cabeza de 1.200. Llevaba pocas provisiones de boca en la esperanza de quitárselas a los españoles que lo aguardaban emboscados en varios puntos del camino.

Capítulo V

Sale Morgan del castillo del Chagres con destino a Panamá.

Morgan dejó el castillo del Chagres con rumbo a Panamá el 18 de agosto (1) de 1670, con 1.200 hombres en cinco barcas artilladas, y además treinta y dos bongos de gente. Ese día bogaron sólo seis leguas río arriba y llegaron a la confluencia del Río de los Brazos en donde una partida desembarcó para dormir un poco y estirar las piernas que llevaban entumecidas de tan apretados que iban en los bongos. Después de descansar exploraron los contornos en busca de provisiones, pero no hallaron nada porque los españoles, al replegarse, se llevaron todo lo que era de comer. El primer día de viaje no dieron bocado, teniendo la mayoría que contentarse con el humo de una pipa de tabaco.

Al día siguiente, apenas rompía el alba cuando ya iban de viaje otra vez y llegaron a un lugar llamado Cruz de Juan Gallego, en donde tuvieron que abandonar las embarcaciones debido a que el río estaba muy seco por falta de lluvias, y porque los muchos árboles caídos entorpecían el paso.

Los guías que llevaban les dijeron que dos leguas más arriba el camino por tierra era más transitable, por lo cual pensaron que allí tendrían que dejar 160 hombres resguardando los bongos para en caso de que tuviesen que regresar a ampararse de ellos.

A la mañana siguiente, esto es al tercer día de viaje, todos desembarcaron, menos aquellos que habían sido destinados a quedarse cuidando las embarcaciones. A éstos Morgan dejó órdenes estrictas de que nadie, so pena de muy severo castigo, bajara a tierra. Lo hizo así en previsión de que fuesen sorprendidos por los españoles en una emboscada, ya que la intrincada selva se prestaba para ello. Habiendo proseguido esa misma mañana la marcha, encontraron el camino tan dificultoso que Morgan dispuso que una parte de los hombres prosiguiera el viaje en bongos (lo cual también era ingrato) hasta un punto del río nombrado Cedro Blanco, y que después volvieran por el resto de los caminantes; al anochecer ya todos estaban juntos en el dicho lugar. Los piratas que iban hambrientos an-

(1) Puso el autor agosto en vez de enero, pues antes dijo que los piratas se juntaron en la isla de Tortuga el 24 de octubre de 1670; que salieron del Cabo Tiburón el 16 de diciembre de 1670, y que partieron de Panamá el 24 de febrero de 1671

siaban encontrarse con indios o españoles para comer de lo que pudieran quitarles.

Al cuarto día la mayor parte de los piratas marchaba en la selva detrás de uno de los guías. El resto iba por agua remontando el río en bongos con otro de los guías que siempre iba a la punta con dos de los bongos; con ojo listo escudriñaba ambas riberas por si veía españoles emboscados. Estos tenían también quienes espían el paso de los piratas, de manera que seis horas antes de que éstos últimos llegaran a un punto determinado, ya los españoles sabían a qué horas iban a llegar. Para medio día estaban cerca de un puesto llamado Torna Caballos. Aquí comenzó el guía a dar gritos de alarma diciendo que había enemigos emboscados. Se alegraron los piratas, pues pensaron que allí hallarían que comer; pero al llegar al lugar lo encontraron desierto, ya que los españoles, al verlos aproximarse, huyeron sin dejar atrás nada más que unos cueros de vino vacíos y migajas de pan desperdigadas en el suelo. Decepcionados y coléricos echaron abajo unos ranchitos y pusieron a cocer los cueros para comárselos, pues ya sentían secas las entrañas. Luego comenzaron a banquetearse con los cueros cocidos. Y habrían disfrutado más del festín si no hubieran surgido riñas a causa del alagartamiento de algunos. Por las huellas que vieron calcularon que 500 españoles habían ocupado el lugar, y se lamentaban de que no los hubieran esperado, pues que, decían, habrían matado el hambre sancochándolos o asándolos a la parrilla.

Después que se comieron los cueros desocuparon el lugar y ya de noche llegaron a Torna Muni. Aquí tampoco encontraron a nadie; todo solitario también. Y la búsqueda de víveres por los alrededores resultó igualmente infructuosa. Los españoles no dejaban pero ni pizca de comida, y el hambre aguijoneaba cada hora más y más a los piratas. Por dichoso se tenía aquel que por previsor se había guardado un pedazo de cuero cocido y se lo engullía con bastante agua, que era lo único que allí había en abundancia. Aquellos que nunca han comido otra cosa que los guisos cocinados por su mamacita se preguntarán cómo esos hombres podían tragarse y digerir esos cueros tan secos y duros. Y yo les digo: Que si alguna vez llegaran a saber lo que es hambre como esa que llevaban los piratas, se la quitarían del mismo modo que ellos. Primero cortaban el cuero en trocitos que en seguida majaban entre dos piedras y lo estregaban remojándolo en el río para ablandarlo; luego le raspaban el pelo y ya estaba listo para la olla o el asador. Por último lo hacían salpicón y se lo zampaban con copiosos buches de agua.

A medio día de su quinta jornada llegaron a Barbacoa. Y ocurrió lo mismo que en los otros lugares: ni un alma; y ni un animal siquiera para devorarlo. Pero recorriendo las inmediaciones encontraron varios sembrados de hortalizas, y tras una más intensa búsqueda dieron con una cueva

recién cavada en la pura roca en donde hallaron dos sacos de harina, trigo y otros bastimentos con dos grandes vasijas de vino, y plátanos. Morgan, que sabía cuán necesitados de un bocado iban sus hombres, y que muchos podían morir de hambre en el camino, mandó distribuir lo hallado en justa proporción a la mayor o menor necesidad de cada cual. Sintiéndose ya reconfortados reanudaron la marcha con mayores bríos que antes. A los que por debilidad ya no podían caminar los llevaron a los bongos y los que iban en ellos pasaron a tierra. Y siguieron avanzando hasta que bien entrada la noche llegaron a unas tierras en cultivo en donde acamparon. Seguían sin comer porque los españoles dejaban barridos los lugares que desocupaban.

Y por el sexto día consecutivo siguieron unos caminando y otros bogando, aunque descansaban con frecuencia debido a lo dificultoso del viaje en sí y a la debilidad que agobiaba a todos. Raíces y hojas era lo único que comían. Por fin, a eso de medio día llegaron a una hacienda en donde encontraron un granero hasta los topes de maíz. Derribaron las puertas y cogieron de eso a puños para comérselo crudo. Reparadas las fuerzas, prosiguieron la marcha llevando cada quien abundantes raciones del grano. Al cabo de una hora cayeron en una emboscada puesta por los indios. Todos arrojaron las cargas de maíz que llevaban para poder pelear con más soltura y esperanzados de encontrar allí provisiones. Pero una vez más todo fue puras ilusiones: no hallaron indios, ni comida, ni nada. Vieron sí, en la margen opuesta del río, una partida como de cien indios corriendo como conejos. Hubo entre los piratas quienes se echaran a nado al río con la esperanza de coger alguno, pero se remojaron en balde no viéndole a los indios las vueltas. Y no sólo burlaron a sus perseguidores, sino que mataron a flechazos a dos o tres mientras les gritaban desde lejos: “¡Ah, perros, a la sabana, a la sabana, allá los esperamos!” No pudieron avanzar más ese día porque tuvieron que cruzar al otro lado del río para proseguir viaje, así que allí vivaquearon esa noche. Sin embargo, nadie pudo dormir bien a causa de las murmuraciones de la gente. Muchos se quejaban del trato de Morgan manifestando deseos de volverse. Otros, por el contrario, juraban que primero morirían en el intento antes que dar un solo paso atrás. Y otros aún, con mayor intrepidez, reían y bromeaban de todo lo que oían. Uno de los guías los animaba diciéndoles: “No pasará mucho sin que obtengamos la primera victoria”.

El séptimo día por la mañana amanecieron limpiando sus armas, y todos hicieron un disparo de su pistola o mosquete, pero sin bala, sólo para ver si no les fallaría a la hora de la verdad. Hecho lo cual cruzaron el río en los bongos quedando atrás el lugar en donde habían vivaqueado que se llama Santa Cruz. Siguieron caminando en dirección a La Cruz, y estando todavía lejos de ese poblado vieron mucho humo salir de las casitas. Esto les alegró, pues renacieron sus esperanzas de hallar gente,

y, sobre todo, comida. Y se dieron a especular haciendo suposiciones que fueron todas castillos en el aire. Como ésta: "En donde hay humo hay fuego, y allí sale de todas las casas; así que lógicamente, tendrá que haber ollas en los fogones".

Por fin entraron en carrera sudando como caballos, y todo para no encontrar alma viviente en el poblado, ni tampoco nada con que llenar el buche; sólo los fuegos encendidos que no les servían para nada. Los españoles, antes de huir, habían incendiado las casas, pero no las que pertenecían al rey, que eran las bodegas y caballeriza

Mas ni aun allí encontraron un caballo siquiera. Les confortó un poco el hallazgo de unos cuantos perros y gatos que en el acto sacrificaron y devoraron con famélico apetito. Continuando la rebusca dieron en el establo del rey con dieciseis jarras de vino peruano y un zurrón de pan. Pero apenas se echaron los primeros tragos todos se sintieron enfermos. Esto los asustó mucho, pues creyeron que el vino estaba envenenado. Mas la verdad era que, yendo como iban con el estómago lleno sólo de porquerías que habían comido en el camino, el vino les cayó mal. Y tan malamente enfermaron que tuvieron que quedarse en ese lugar hasta el día siguiente por la tarde que reemprendieron el viaje. Queda este poblado a 9° 2' de latitud norte, a veintiseis leguas de Chagres y a ocho de Panamá. Hasta allí pueden llegar las embarcaciones, y allí también llegan las recuas de Panamá a traer y llevar mercaderías.

Morgan tuvo que dejar los bongos y tirarse al monte con todos sus hombres que iban ya casi extenuados. Mandó los bongos de vuelta a Chagres para evitar que por ahí donde andaba se los cogieran los españoles, pero dejó escondido uno para utilizarlo de correo en caso de que tuviera que enviar mensajes allá. Muchos indios y españoles de este caserío huyeron a las fincas vecinas. Morgan ordenó estrictamente que nadie saliera del caserío sino en partidas de cien; así el enemigo no podría batirlos. Pero algunos, contraviniendo la disposición, salieron en busca de víveres. A éstos los sorprendieron los indios y españoles atacándolos con furia y capturaron a uno que se llevaron prisionero. Ni todo el desvelo de Morgan impidió que algunos desobedecieran sus órdenes.

En el octavo día de viaje envió Morgan por la mañana doscientos hombres a reconocer el camino de Panamá y ver si no había españoles emboscados, pues la ruta tenía desfiladeros estrechísimos por donde sólo diez o doce hombres podían marchar en orden, y en ciertos puntos ni aun esos. Tras de diez horas de camino llegaron a Quebrada Oscura. Aquí, de pronto, vieron llover sobre ellos tres o cuatro mil flechas sin que pudieran saber de dónde ni quiénes las tiraban. Al fin descubrieron una roca muy alta horadada de parte a parte por un túnel a través del cual no podía

pasar más que un caballo El diluvio de flechas desconcertó por un momento a los piratas, especialmente porque no sabían de dónde venían. Al rato, cuando dejaron de tirarles, se metieron al monte en donde vieron correr a muchos indios hacia un escondite desde el cual podían espiar a los piratas. Sin embargo, la tropa indígena no se movió de su puesto resuelta a disputarles el camino Y pelearon reciamente hasta que su capitán cayó al suelo herido, y aun ya herido de muerte, sacando fuerzas de su agonía, y sin querer rendirse, hizo un último esfuerzo, se incorporó y blandió su azagaya hiriendo a un pirata, pero antes de que pudiera esgrimirla contra otro fue rematado de un pistolotazo. Y esa misma suerte corrieron muchos compañeros suyos, que como valientes perdieron la vida en defensa de su tierra y sus hogares.

Trataron los piratas de hacer algunos prisioneros indios, pero siendo éstos infinitamente más ágiles se escaparon matando antes a ocho e hiriendo a diez de sus perseguidores. De haber sido los indios mejores militares pudieron haber defendido el desfiladero sin dejar pasar a uno solo. A poco andar llegaron los piratas a una extensa planicie con muchos valles desde donde divisaron una partida de indios allá adelante en lo alto de un cerro muy cerca del camino por donde forzosamente debían pasar. Destacó Morgan a cincuenta de los más sueltos con instrucciones de apoderarse de algunos para hacerles decir dónde vivían sus paisanos. Pero nada. Los indios se escurrieron entre el monte apareciendo luego en otro lugar desde donde les gritaron: “¡A la sabana, cornudos, perros ingleses!” Los piratas, entre tanto, vendaban a sus heridos.

Había en el centro de este paraje un bosque con un cerro a cada lado; los indios subieron a uno y los piratas al otro. Sospechando Morgan que en el bosque había enemigos ocultos, envió doscientos hombres a explorar. Indios y españoles, en viéndolos bajar del cerro bajaron ellos también como si fueran a enfrentárseles Pero al llegar al bosque desaparecieron no dejándose ver de nuevo, y así los piratas pudieron seguir camino a Panamá.

Al anochecer llovió tan copiosamente que los piratas tuvieron que apretar el paso en urgente búsqueda de casa donde guarecerse y evitar que se les mojase la pólvora. Pero los indios habían pegado fuego a todos los ranchos de esos contornos y llevándose el ganado y sus provisiones para que los piratas se vieran obligados a volverse No obstante, tras una intensa búsqueda hallaron unos pocos ranchitos, pero en ellos nada de comer. Y no siendo los tales suficientes para albergar a todos, sacaron de cada compañía a unos pocos para que adentro cuidaran las armas de todos. Los que tuvieron que quedarse a cielo abierto aguantaron toda la noche los inclementes remalazos de agua.

A la mañana siguiente, que era el noveno día de la jornada, Morgan ordenó proseguir la tediosa marcha bajo un cielo nuboso, lo cual era preferible a los días anteriores plenos de un sol ardiente, pero el camino era ahora más dificultoso que el que habían recorrido. A dos horas de marcha divisaron a unos veinte soldados españoles que los espiaban de lejos. Trataron de capturar alguno, pero desaparecieron escondiéndose seguramente en cuevas que los piratas no conocían. Llegaron por fin a lo alto de una montaña desde donde divisaron el Mar del Sur. La vista los llenó de júbilo como si ello significara el fin de sus trabajos y privaciones. Allá en el océano se veían un navío y seis embarcaciones pequeñas que se dirigían a las islas de Taboga y Taboguilla. Al bajar la montaña entraron en un valle en donde pastaban numerosas reses de las que sacrificaron unas cuantas para hartarse de carne. Y mientras unos destazaban toros, vacas, caballos y más que todo burros —de los cuales había muchos— otros recogían leña y encendían fuego. Destazados los animales y cortada la carne en tasajos la echaban a las llamas y la sacaban apenas chamuscada para comérsela así. Pues era tal la canina que más que europeos parecían caníbales con la sangre chorreándoles de las barbas a la cintura.

Matada al fin el hambre, Morgan ordenó seguir adelante. Y otra vez mandó cincuenta hombres a la avanzada con el encargo de coger a todo trance algunos prisioneros, pues ya le preocupaba el no haber podido hallar a nadie que pudiera informarle acerca de las fuerzas enemigas. Al atardecer toparon a unos doscientos soldados españoles que se dedicaron a gritarles improperios que ellos no pudieron entender. Poco después, vieron, por vez primera, la más alta torre de una iglesia de Panamá. El jolgorio que armaron fue descomunal. Aventaban sus sombreros, gritaban y saltaban de alegría como si ya hubiera obtenido la victoria y realizado sus más dorados sueños. No hubo trompeta que no sonara ni tambor que no dejase oír su ra-ta-plan aquella tarde. La exaltación era universal. Y esa noche vivaquearon en un ambiente de alborozo esperando ansiosamente la mañana para atacar la ciudad. En la tarde se les acercó un piquete de cincuenta montados que al oír la algazara salieron de la ciudad a reconocer el campo. Se acercaron al campamento casi a tiro de mosquete precedidos por una trompeta que sonaba maravillosamente. Los de a caballo gritaban hasta enronquecer a los piratas: “¡Perros, ya nos veremos!” Habiéndolos amenazado de esa manera se regresaron a la ciudad, menos unos siete u ocho que se quedaron rondando el campamento. Inmediatamente después la ciudad comenzó un cañoneo contra los piratas que duró toda la noche, pero el daño de las balas fue mínimo o nulo. Y luego volvieron a dejarse ver los doscientos de la tarde, haciendo como si iban a quedarse allí para impedir que los piratas pudieran escapar a la derrota que les infligirían. Pero, aun viéndose rodeados, en vez de amilanarse y apenas hubieron puesto centinelas, abrieron sus mochilas y en el suelo se pusieron a comer a dos carrillos y a dos manos los tasajos de carne de res, de caballo y de burro

que habían guardado a medio día. Terminado su yantar se echaron a dormir sobre la yerba y a digerir tranquilamente su cena, impacientes sólo por que amaneciera.

Temprano de la mañana del décimo día se formó en orden toda la gente y al sol de trompetas y tambores emprendieron marcha rumbo a la ciudad, pero uno de los guías aconsejó a Morgan no tomar el camino real porque en él podría encontrar mayor resistencia de soldados emboscados. Tomó el pirata el consejo y cogió por entre el monte una vereda de difícil y penoso paso. Al ver este movimiento los soldados españoles dejaron sus posiciones y corrieron a hacerles frente por allá. Las fuerzas del gobernador de Panamá consistían de dos escuadrones, cuatro regimientos de infantería y un gran número de toros bravos que muchos indios y hasta algunos negros habían llevado allí para echárselos encima.

Llegaron los piratas hasta una loma desde la cual se veía una buena parte de la ciudad y sus alrededores. Desde ese punto vieron también a las tropas enemigas puestas en orden de batalla, cuyo número, por ser tan grande, no dejó de infundirles temor. Ciertamente que eran pocos los que ahí estaban que no quisieran más bien estar en sus casas o por lo menos libres de tener que lanzarse al asalto de ciudad tan poderosa con el peligro de morir en la demanola. Tras un rato de vacilación, dándole vueltas el caso, resolvieron lanzarse al combate, pues ya frente al enemigo no les quedaba otro camino que atacar y vencer, o morir, o bien caer prisionero para sufrir tormentos imposibles de imaginar. La conciencia les decía que esto último sería así por los muchos crímenes que había cometido en incontables ocasiones. Se alentaron, pues, unos a otros resueltos a triunfar o dar hasta la última gota de sangre. Dividieron en tres batallones llevando al frente doscientos bucaneros, gente muy diestra en tirar con armas de fuego. Bajaron de la loma marchando directamente al encuentro de los españoles que los esperaban en lo llano. Estos, viéndoles ya cerca comenzaron a gritar: "¡Viva el rey!" y destacaron su caballería. Pero siendo el terreno pedregoso y cenagoso, no pudieron los caballos escaramuzar como quisieran los jinetes. Los doscientos bucaneros, puesta en tierra la rodilla, dispararon sobre la caballería dando comienzo a la batalla. Los españoles se defendían como buenos al tiempo que trataban de desbaratar las filas de los piratas, y la infantería se esmeraba por su parte en secundar a la caballería, pero ambas fueron rechazadas. Frustrados los españoles de esa manera, soltaron los toros por la retaguardia enemiga, pero los animales, espantados por el fragor de los cañones, de los mosquetes y los gritos, huyeron en su mayor parte al monte. Y unos cuantos que se metieron entre las filas inglesas no hicieron otro daño que embestir y desgarrar sus banderas coloradas, y fueron arcabuceados.

Al cabo de dos horas de lucha encarnizada toda la caballería española estaba hecha pedazos. El resto huyó, y entonces la infantería, sin el apoyo de aquella, disparó sus mosquetes, y tirándolos al suelo, cogió cada quien por donde mejor le parecía. Fue suerte para ellos que los piratas, por venir muy cansados de su largo y penosísimo viaje, no los pudieran perseguir. Muchos españoles no encontrando tierra para correr, se escondieron en los charrales; pero con tan mala suerte que fueron hallados por los piratas y muertos sin darle cuartel a nadie. Llevaron algunos sacerdotes prisioneros a presencia de Morgan quien puso oídos sordos a sus lamentos y súplicas ordenando los mataran a pistoletazos. Le llevaron también a un capitán a quien interrogó prolijamente acerca de varios asuntos, en especial sobre el número de soldados que tenían, a lo que respondió: Cuatrocientos hombres de caballería, veinticuatro compañías de infantería, de cien hombres cada una, sesenta indios y algunos negros encargados de arrear dos mil toros bravos sobre las filas inglesas con el fin de que los atropellaran. Y supo más: Que en la ciudad habían hecho trincheras y emplazado baterías con muchos cañones, y que en el camino por el cual se entraba había ocho grandes cañones asistidos por cincuenta artilleros.

Al enterarse Morgan de eso ordenó inmediatamente coger por otro rumbo. Pero antes de dirigirse allá pasó revista a sus fuerzas, y halló que el número de muertos y heridos sobrepasaba en mucho a lo que él suponía. De los españoles contaron seiscientos muertos y muchísimos heridos y prisioneros. No obstante haber perdido tanta gente, los piratas no se desanimaron, y más bien se hincharon de orgullo al ver que en el encuentro habían salido victoriosos. Y después de descansar un rato se prepararon a marchar sobre la ciudad jurando no dar descanso al brazo hasta acabar con el último español. Así alentados reanudaron la lucha dispuestos a morir o vencer llevando a todos sus prisioneros por delante.

Mucho les costó aproximarse a la ciudad a causa de los numerosos y grandes cañones que les disparaban cargados unos de cascotes y otros de balines; con eso recibían a los piratas que osaban acercarse. El resultado fue que muchos pagaron con su vida la temeridad, más no dejaban de avanzar. Finalmente, después de tres horas de sangrienta lucha en que un sinnúmero de piratas y españoles murieron, Panamá cayó. Dueños ya de la ciudad, los piratas mataban a todo aquel que intentaba defenderse. Los españoles habían ocultado lo más valioso de sus bienes en escondrijos secretos y remotos, a pesar de lo cual los piratas encontraron varios almacenes repletos de diversos géneros como decir sedas, linos y demás. Pasados los primeros impulsos de furia, Morgan reunió a su gente ordenándoles que nadie tomara licor, so pena de severo castigo. La razón que tuvo para

JOHN ESQUEMELING

eso fue que le informaron los españoles habían envenenado los vinos. Sin embargo, lo más probable es que dictara esa prudente medida a fin de evitar que los hombres se emborracharan, pues que viéndolos en ese estado los españoles podrían reorganizarse y hacer con los piratas lo que éstos habían hecho con ellos.

Capítulo VI

Morgan envía varias lanchas y canoas a piratear al Mar del Sur. Incendia Panamá, en donde roban y torturan hasta su regreso al castillo del Chagres.

En cuanto Morgan hubo puesto retenes dentro y fuera de la ciudad, mandó veinticinco hombres a incautarse de una lancha grande que con la marea baja había quedado varada en la playa. A medio día mandó en secreto a varios hombres a pegarle fuego a ciertos edificios. Nadie supo nunca dónde comenzó el incendio, ni quién o quiénes fueron los incendiarios, ni mucho menos se averiguó qué razones tuvo el pirata para hacer eso. Hasta hoy es un misterio. Las llamas se propagaron tan rápidamente que antes de media noche la ciudad era una sola pira. Trató el pirata de hacer creer a los españoles que los autores habían sido los propios habitantes, imputación que hizo divulgar a fin de que no se le echase la culpa a él. Muchos españoles, y hasta algunos piratas, se esforzaron en apagar las llamas o hicieron volar con cargas de pólvora unas cuantas casas para cortar el fuego. Pero todo fue en vano, pues en menos de media hora quedó toda una calle convertida en pavesas. Las casas eran de cedro finamente labrado, y su interior contenía valiosos cuadros y tapices, parte de lo cual habían puesto a buen recaudo sus moradores, pero lo que no pudieron ocultar fue consumido por las llamas.

Había en esta ciudad —que es obispado— ocho conventos, siete de los cuales eran de frailes y el otro de monjas, dos hermosas iglesias y un hospital. Iglesias y conventos tenían altares de plata y oro, y vasos sagrados de lo mismo; todo lo cual lo habían escondido los sacerdotes. Además de eso la ciudad comprendía dos mil casas que eran verdaderas mansiones de los acaudalados comerciantes casi todas, y cinco mil más de artesanos y otras gentes. Había asimismo numerosos establos con mulas y caballos que utilizaban para llevar a la costa del Mar del Norte las barras de plata y oro del rey de España y de particulares. En los campos aledaños hay muy buenas huertas y haciendas que durante todo el año visitan los dueños y sus amigos.

Tenían los genoveses en la ciudad un bello edificio que servía de contaduría para su comercio de esclavos negros. Y este edificio fue también incendiado por orden de Morgan. Quemáronse igualmente unas doscientas tiendas de comercio bajo cuyos techos murieron muchos negros que se

habían ocultado en ellas, y se perdió una gran cantidad de sacos de harina. Todo eso ardía aún cuatro semanas después de haber estallado el incendio. Entre tanto los piratas, o por lo menos gran parte de ellos, acamparon en las afueras por temor a un contraataque de los españoles, pues era notorio que en número superaban en mucho a los piratas. Allí por lo menos estaban todos juntos, lo que les daba valor a pesar de que ya eran muchos menos en razón de las pérdidas sufridas antes en la toma del castillo de Chagres y ahora en Panamá. En la única iglesia que se salvó de las llamas alojó Morgan a sus muchos heridos. Aparte de la pérdida de tantos hombres, Morgan disminuyó más su número enviando ciento cincuenta al castillo del Chagres con el botín y la noticia de la toma de Panamá.

Muchas veces vieron los piratas a pelotones de españoles cruzar y recruzar los alrededores, lo que les hizo sospechar que estaban reagrupándose para atacarlos; pero la verdad es que nunca se atrevieron. En la tarde volvió Morgan con su gente a la ciudad en busca de alojamiento, y no lo hallaron porque poquíssimas eran las casas que había respetado la conflagración. En seguida se dedicaron a registrar cuidadosamente entre los escombros con la esperanza de hallar objetos de oro o plata que no se hubiesen quemado. Y encontraron muchos en pozos y pilas de agua escondidos allí con la intención de salvarlos de la rapacidad pirática.

Al día siguiente salieron dos destacamentos de ciento cincuenta piratas cada uno, todos fornidos y bien armados, con el encargo de buscar en los campos comarcanos a los panameños que hubiesen huido al monte. Al cabo de dos días regresaron con más de doscientos prisioneros entre hombres, mujeres y esclavos. Ese mismo día regresó una chalupa que Morgan había enviado al Mar del Sur trayendo tres presas cogidas en poco tiempo. Pero el pirata hubiera dado gustosamente todo lo saqueado en la ciudad por la captura de un barco que se le escapó con un cargamento de barras de plata y oro del rey de España, y también mucho oro, perlas y otras joyas pertenecientes a los más ricos comerciantes de la ciudad. Y en el mismo barco andaban todas las monjas y frailes que con las más valiosas joyas de sus iglesias y conventos se habían embarcado cuando supieron que los piratas estaban a las puertas de Panamá.

Montaba el barco solamente siete cañones y llevaba no más de diez o doce mosqueteros. Además, su provisión de víveres y de agua era escasisima, y de velas sólo tenía la gavia del palo mayor. Esto fue lo que se supo de boca de ciertas personas que habían hablado con siete marineros del barco que habían bajado a llenar unos barriles de agua. De ahí que estuvieran seguros de haberlo podido capturar si lo hubiesen perseguido, sobre todo porque sabían que no podía mantenerse mucho tiempo en alta mar sin hacerse de más provisiones. Pero no pudieron darle alcance debido a que llevaban a bordo mujeres a las cuales habían embarcado a la fuerza,

y se dedicaron a satisfacer sus instintos lascivos, a comer por pura gula y a emborracharse con los vinos robados. Perdieron pues, a causa de los vicios, aquellas riquezas mucho mayores que todo lo que pudieron rapiñar en la ciudad de Panamá y otros lugares. Al día siguiente, arrepentidos de su negligencia, y ya todos recuperados de la bacanal, se hicieron a la mar en un baico mejor armado tras la estela del otro. Pero sus diligencias tardías fueron vanas, ya que los españoles, sospechando que los perseguían, enfilaron hacia donde los piratas no podrían encontrarlos.

No obstante, esos piratas dieron en las islas de Taboga y Taboguilla con varios botes repletos de muy buenas mercaderías que llevaban a Panamá, en donde al llegar relataron a Morgan lo que había ocurrido. Los prisioneros de la ciudad confirmaron lo dicho acerca de las riquezas que conducía el barco fugitivo, y dijeron que casi podían asegurar dónde podría estar, pero que también suponían que ya lo habían socorrido en otra parte. Estos informes espolearon la codicia de Morgan que despachó todas las embarcaciones que pudo encontrar en persecución del barco. Fueron cuatro las que zarparon, y hasta ocho días después de escudriñar en las anfractuosidades de la costa y las bocas de los ríos, regresaron a Panamá sin haber podido dar con él. En vista de ello resolvieron volver a Taboga y Taboguilla. Aquí encontraron un navío recién llegado de Payta (1) con un cargamento de ropas, jabón, azúcar y bizcochos, más 20.000 piezas de a ocho; se apoderaron inmediatamente de él sin encontrar resistencia. A bordo del navío hallaron también un bote del que asimismo se adueñaron. En él pusieron gran parte de las mercaderías junto con algunos esclavos capturados en las islas. Con todo lo robado regresaron a Panamá, no muy contentos que se diga porque habían perdido la oportunidad de apresar el opulento barco.

El convoy que Morgan envió al castillo del Chagres regresó casi al mismo tiempo trayendo la buena noticia de que cuando Morgan salió de allí para Panamá, los del castillo mandaron dos barcos a piratear en la costa y se encontraron con un navío español al que comenzaron a darle caza a la vista del castillo. Los de esta fortaleza, al ver lo que ocurría en frente izaron la bandera española para entrapar al navío que huía de los piratas. Y sucedió que los españoles corrieron hacia el castillo en busca del amparo de sus cañones. Y cayeron en la trampa. El cargamento consistía en provisiones de boca que les llegaron muy a tiempo pues ya les empezaba a arañar el hambre.

Este golpe de suerte dio ánimos a Morgan para quedarse por más tiempo saqueando Panamá, y poder enviar a su gente en correrías por los campos comarcanos. Y así, mientras los piratas en Panamá salían a incursionar en tierra, los del Chagres se dedicaban a asaltar barcos en aguas

(1) En Perú.

del Mar del Norte. Morgan enviaba diariamente doscientos hombres a batir el monte; de esa manera fue acumulando más y más riquezas, y a los prisioneros que cogían los torturaban para hacerles revelar en dónde tenían ellos y los otros escondidos sus tesoros. En éstas sucedió que en casa de un ricachón hallaron a un criado que habiendo sido robado de todo lo suyo se había puesto abusivamente unos pantalones de tafetán de su amo asesinado por los mismos piratas, y que, para colmo de males, de la pretina de los pantalones colgaba una llavecita de plata. Al verlo vestido así le preguntaron en dónde estaba el cofre que abría esa llave. El infeliz respondió que no sabía, pues que ni pantalones ni llave eran suyos. Y no pudiendo dar razón del cofre, comenzaron a torturarlo. Le descoyuntaron los brazos; les comprimieron la frente con una cuerda retorcieron hasta hacerle saltar los ojos de sus órbitas, y ni con ese ni otros tormentos pudieron sacarle nada al pobre diablo. Luego lo colgaron de los dedos al mismo tiempo que lo golpeaban y azotaban, le cortaron la nariz y las orejas y le chamuscaron la cara hasta hacerle perder el habla. Y al fin, viendo que no podían obtener informes de él, ordenaron a un negro traspasarle de una lanzada. Hasta entonces terminaron los sufrimientos del desdichado. De idéntica manera murieron muchos otros prisioneros frente al regocijo de aquellos desalmados.

Los piratas no respetaron sexo, edad ni condición alguna. Porque a los sacerdotes y a las monjas era a quienes menos cuartel les daban si no les entregaban tal y cual cantidad por su rescate. Las mujeres no fueron mejor tratadas. Y el propio Morgan daba mal ejemplo a sus subalternos, porque cuandoquiera que a su presencia llevaban a una mujer hermosa, trataba por todos los medios —el rigor o la dulzura— de hacerla ceder a sus lúbricos deseos. Y para confirmar este aserto relataré la historia de una dama cuya virtud debiera servir de ejemplo a las futuras generaciones de su sexo. Fue así:

Entre los prisioneros llevados de Taboga y Taboguilla a Panamá figuraba una dama de gran alcurnia, y muy honesta esposa de uno de los hombres más ricos de aquellas tierras. Era muy joven y tan bella que dudo hubiera en toda Europa quien la igualara en encantos, y en virtud también. Su marido andaba en el Perú en viaje de negocios. La joven señora, al saber que los piratas iban a asaltar la ciudad, salió de allí en compañía de amigos y familiares temerosa de su vida por lo que sabía de los salteadores. Llevada que fue a presencia de Morgan, éste ordenó alojarla en una habitación aparte de los demás prisioneros, y le puso de criada a una negra que la atendiese con las consideraciones debidas a su rango. La atribulada dama rogó bañada en lágrimas la dejaran estar con sus parientes prisioneros, pues temía, y con razón, que las atenciones del pirata fuesen efecto de su perversidad. Pero Morgan no quiso oír sus llantos y protestas, y más bien hizo que la trataran con mayores mimos y le llevaran a su aposento los manjares de su propia mesa.

Esta dama había oído extraños cuentos referentes a los piratas, de que no eran como todos los hombres, sino herejes que no creían en la Santísima Trinidad ni en Jesucristo. Pero comenzó a cambiar de opinión al ser objeto de las gentilezas de Morgan, y sobre todo porque muchas veces lo oyó jurar en nombre de Dios y Jesucristo, cosa que le sorprendió mucho. Y hasta se convenció de que no eran seres irracionales, como le habían dicho. Ahora bien, en cuanto a que los llamaban ladrones, nada extraño era que lo fuesen, pues que en todas las naciones del mundo, decía ella, había gentes malas que codiciaban y se apoderaban de lo ajeno. Y así como ella pensaba también una mujer bobalicona cuyo marido le había dicho que los piratas no eran gentes sino bestias, por lo que sintió gran curiosidad de conocerlos. Le llegó al fin a esa mujer la oportunidad de verlos un día y exclamó asombrada: “¡Jesús, Dios mío, si estos ladrones son igualitos a nosotros!”

La postiza urbanidad de Morgan para con la dama se trocó de pronto en la mayor brutalidad, pues pasados tres o cuatro días llegó a visitarla insinuándole deshonestas relaciones que ella rechazó con llanos pero sólidos reciocinios de recta moralidad. Morgan, sin embargo; persistía en sus impúdicos empeños ofreciéndole perlas, oro y otras joyas de sus despojos. Mas no queriendo ella consentir a sus deseos ni aceptarles sus regalos, él cambió de táctica y comenzó a amenazarla con torturas y hasta ponerle la mano encima. A todo esto la dama le respondió con la firmeza de su carácter: “Señor, mi vida está en sus manos, pero mi cuerpo, en lo tocante a lo que usted pretende, antes dejará de ser que manche yo mi virtud para perder mi alma”. Y apenas hubo oído Morgan esta intrépida determinación, la mandó desnudar y echarla en un sótano oscuro y pestilente a donde le llevaban tan poquito de comer que era como para matarla de hambre en pocos días.

Rogaba a Dios la virtuosa joven señora que le diese ánimo y conformidad para soportar las crueldades a que la tenía sometida Morgan, pero él, convencido al fin de que jamás podría tomar esa inexpugnable ciudadela, y deseoso también de ocultar el móvil del rígido confinamiento en que la tenía —pues eran muchos los piratas que la compadecían— le lanzó la falsa acusación de que por medio de cartas se entendía con los españoles, abusando de su indulgencia. Yo fui testigo presencial de todo lo que aquí relato, y no creo que pudiera haber en toda la redondez de la tierra otra mujer de tan grande virtud y entereza. De esto mismo volveré a hablar más adelante, así que dejémoslo por ahora y pasemos a otra cosa.

Finalmente, después de tres semanas de permanencia en Panamá dio órdenes Morgan de hacer los preparativos para largarse de allí. Mandó a sus hombres requisar las mulas que fuesen necesarias para llevarse todo el botín hasta el río y de allí transportarlo en bongos al castillo del Chagres.

LOS BUCANEROS EN AMERICA

En esos días se rumoró que una buena parte de los piratas estaba planeando separarse de su jefe, y que apoderándose de un barco surto en la bahía se dedicarían a asaltar barcos españoles en el Mar del Sur hasta que hubiesen robado lo bastante para dirigirse a las Indias Orientales y de allí a sus hogares en Europa. Para eso tenían traspuertas muchas provisiones de boca y de guerra, así como unos cañones grandes y mosquetes que ya habían sacado de la ciudad. Con eso pensaban no solo armar el barco sino también hacerse fuertes en alguna isla que además de fortaleza les sirviera de refugio.

Y habrían realizado el plan si uno de los confabulados no se lo hubiera revelado a Morgan. Este al momento mandó a cortar y quemar el mástil mayor del barco junto con todas las embarcaciones del puerto, frustrando de esa manera el complot. Luego mandó a muchos de los prisioneros españoles a buscar el dinero del rescate, pero no sólo el de ellos sino el de todos los demás, incluyendo a los religiosos. Dispuso asimismo que clavarán y taponearan toda la artillería, y que saliera gente suya en busca del gobernador de Panamá que se decía tenía tendidas varias emboscadas a lo largo del camino que de regreso tomarían los piratas; pero los comisionados volvieron diciendo que en ninguna parte había señales de emboscadas. Para confirmar lo cual trajeron a varios prisioneros quienes declararon que en verdad el gobernador había intentado salir a enfrentárseles al camino, pero que los hombres reclutados para ello tuvieron miedo de salirles al paso teniendo el gobernador que desistir.

El 24 de febrero de 1671 salió Morgan de Panamá, o más bien dicho del lugar en donde estuvo la ciudad antes del incendio que la arrasó. Ciento setenta y cinco acémilas acarrearon el botín que consistía en oro, plata y muchas joyas, además de seiscientos prisioneros entre hombres, mujeres, niños y esclavos. Ese mismo día llegaron a un río que a una legua de la ciudad atraviesa un valle. Allí Morgan hizo formar sus tropas de manera que los prisioneros quedaran entre ellas. No se oían más que lloros y lamentos de las mujeres y los niños que sabían eran llevadas por el pirata a ser vendidos como esclavos. Además de eso, los desdichados prisioneros padecían de hambre y sed, maltrato que Morgan les infligía para que buscaran con mayor afán el dinero que les exigía como rescate conforme a la cantidad asignada a cada cual. Muchas mujeres le imploraban de rodillas y anegados en lágrimas los ojos las dejase volver a Panamá a vivir con sus maridos y niños en los ranchitos de paja y cañas que levantarían en esa ciudad ahora en ruinas. Pero el pirata replicaba que no había llegado a esa tierra a oír gritos ni lamentos, sino en busca de oro. Que no pensarán en otra cosa que en rescatarse buscando el dinero de cualquier modo, pues que si no se los llevaría a todos a lugares que no les gustaría.

Reanudada al día siguiente la marcha volvieron a oírse los ruegos en forma que hasta el corazón más encallecido se hubiera apiadado, pero

Morgan, hombre de entrañas de piedra, oía insensible los lamentos. Y prosiguieron la jornada yendo una partida de piratas a la vanguardia, los prisioneros en medio, y los demás piratas en la retaguardia. Estos eran los encargados de puyar a los pobres españoles en la espalda y los costados para hacerlos caminar a prisa. Aquella bella y virtuosa dama, de quien hablamos antes, caminaba separadamente entre dos piratas. Sus ayes llegaban al cielo imaginándose ya cautiva en tierra extraña, y en sus lamentos decía que había pedido a dos religiosos, en quienes confiaba, fuesen a cierto lugar a traer el dinero que por ella demandaba el pirata. Que le prometieron cumplir su encargo, pero que habiendo obtenido ellos el dinero lo emplearon en rescatar a sus propios amigos. Se supo de este abuso por una carta que un esclavo trajo a la señora. Habiéndose enterado Morgan del caso, investigó y averiguó que la señora decía verdad, especialmente cuando él mismo oyó la confesión de los religiosos, quienes dijeron haber aplicado el dinero en la manera que creyeron más justa, esperando restituirlo en uno o dos días. En vista de ello Morgan puso en libertad a la dama que de otro modo hubiera ido a parar a Jamaica, y se llevó a los dos religiosos dándoles el tratamiento que se merecían.

Apenas llegado Morgan a la población de La Cruz, en la ribera del Chagres, intimó a los prisioneros que en el término de tres días le entregaran el rescate señalado a cada cual, pues que de lo contrario serían llevados a Jamaica, como ya lo tenían entendido. Al mismo tiempo les ordenó suministrarle tantas y cuantas fanegas de arroz y de maíz para avituallar sus barcos. Algunos prisioneros fueron rescatados, pero no todos pudieron juntar la cantidad notificada. El 5 de marzo continuó el viaje llevándose todo el botín, y también a otros prisioneros que hizo en La Cruz. Estos se agregaron a los de Panamá que no habían podido rescatarse; pero a los dos religiosos —aquellos que habían mal dispuesto del dinero de la joven señora— los puso en libertad porque tres días después de haberseles echado el guante lograron ser rescatados por personas caritativas que tuvieron más compasión que la demostrada por ellos con la señora. A eso de medio camino del castillo del Chagres Morgan mandó formar a los piratas y los hizo jurar uno tras otro que no tenían escondido nada y no llevaban consigo ni siquiera un mísero real. Pero como Morgan tenía cierta experiencia en cuestiones de juramentos falsos cuando había intereses materiales de por medio, mandó que les registrasen minuciosamente los bolsillos, las mochilas y todo aquello en que pudieran ocultar algo. Y, para dar el ejemplo, él mismo se hizo registrar hasta la suela de los zapatos. Hizo esto para que sus camaradas no tomaran a mal la medida. Se dispuso que un hombre de cada compañía efectuara el cacheo, cosa que no gustó a los piratas franceses, pero que estando en minoría tuvieron que someterse. Terminado el registro se embarcaron en los bongos y canoas que ya los esperaban en el río, y el 9 del mismo mes llegaron al castillo. En cierto aspecto todo lo encontraron tal y como lo habían dejado, pero de los heridos que allí habían quedado, la mayoría eran ya finados.

LOS BUCANEROS EN AMERICA

De Chagres envió Morgan un barco grande a Portobelo con todos los prisioneros que había hecho en la isla de Providencia pidiendo antes un crecido rescate por el castillo bajo amenaza de no dejar piedra sobre piedra si no lo redimían. La contestación fue de que no darían un real y que hiciera lo que le diera la gana. En seguida repartió Morgan entre su gente lo que habían robado en esa expedición. Y todos recibieron su parte, o más bien dicho lo que él quiso darles. Porque en efecto así ocurrió, y eso fue causa de que hasta sus mismos paisanos ingleses le gritasen en la cara que de malas se había reservado las más valiosas joyas del botín. Pues era para ellos inadmisibles que de los cuantiosos despojos no alcanzasen más que doscientas piezas de a ocho cada uno. Cantidad que juzgaron ridícula para los trabajos, peligros y penurias que habían sufrido. Pero a Morgan no le importaron las quejas; su propósito era robarles cuanto más pudiera. De suerte que el pirata, viéndose objeto de reproches y denuncias de su misma gente, pensó en las consecuencias que podría sufrir, y temeroso de que algo malo le sucediera en Chagres, mandó llevar a bordo de su barco los cañones del castillo, ordenó destruir sus muros y quemar las edificaciones, y en corto tiempo todo lo convirtió en pavesas. Una vez acatadas sus órdenes zarpó a hurtadillas en su barco sin despedirse de sus camaradas, ni haberse reunido en consejo con sus oficiales, como acostumbraba hacerlo. Se llevó sólo tres o cuatro barcos de toda la flota. Hubo algunos (según opinión de los piratas franceses) que se repartieron con él la mejor y más grande parte del botín que había ocultado del resto de la gente. De muy buena gana los franceses, si hubieran contado con medios suficientes, habrían ido a buscarlo al mar para vengarse de la ultrajante burla. Porque, a decir verdad, tenían ellos que buscarse hasta las provisiones necesarias para emprender el viaje de regreso a Jamaica, pues que ni aun eso quiso dejarles.

Capítulo VII

Del viaje que el autor hizo por mar bordeando Costa Rica en su regreso a Jamaica. Cosas dignas de nota en tan interesante travesía, y ciertas observaciones.

Era tal la situación en que Morgan nos dejó, que aquello parecía el castigo que bien se merecían al final de su existencia quienes habíamos llevado una vida de pecado y perversión. Fue una lección para que rectificáramos nuestra conducta. Mas viéndonos en aquel estado, ingleses y franceses teníamos que buscar la manera de salir adelante. Así pues, muchos se dispersaron tomando diferentes rutas para volver a Jamaica, Tortuga y otros lugares. El grupo nuestro optó por bordear el litoral costarricense, en donde esperábamos hacernos de provisiones y carenar en lugar seguro el barco, pues ya no prestaba garantías para navegar. A los pocos días entramos en Bocas del Toro, (1) puerto espacioso en donde siempre se hallan grandes cantidades de tortugas de carne apetitosa. Tiene el puerto unas diez leguas de circunferencia y está rodeado de isletas, al socaire de las cuales pueden los barcos capear la furia de las tempestades.

Habitan las isletas indios a quienes jamás han podido subyugar los españoles, por cuya razón les llaman indios bravos. La diversidad de sus costumbres e idiomas los divide en varias tribus que viven perpetuamente en guerra. En la parte oriental del puerto viven algunos que antes comerciaban con los piratas vendiéndoles carne de la mucha salvajina que cazaban, y también variedad de frutas propias del lugar. Los piratas trocaban eso por utensilios de hierro, espejitos y abalorios que los aborígenes lucían con más ufania que las joyas preciosas de los europeos cuyo valor desconocían. Este comercio decayó porque los piratas cometieron muchas barbaridades con ellos, como era el asesinar a los hombres para llevárselos sus mujeres. Y, por supuesto, semejantes atropellos pusieron fin al tráfico entre indios y piratas.

Desembarcamos allí con el propósito de satisfacer necesidades de comida que ya eran casi extremas. Pero fue tan desgraciada nuestra suerte que no encontramos más que unos pocos huevos de lagarto, con lo cual nos conformamos. Luego partimos poniendo proa al este, en cuyo derrotero topamos con tres barcos más de camarada a quienes también había abandonado Morgan. Nos dijeron que tampoco ellos habían hallado nada

(1) En Panamá

con que matar el hambre que los tenía medio muertos ya. Y nos dijeron más aún: Que el propio Morgan y los que le seguían andaban tan escasos de provisiones que no comían más que una vez al día, y eso muy poquito.

Entonces nosotros, habiéndoles oído decir que era inútil seguir adelante, cambiamos rumbo del este al oeste. Por allí si había tantas tortugas como arenas tiene el mar, mucho más, en realidad, de lo necesario para llenar la bodega de nuestro barco, y en aquel día creímos que nunca más nos volvería a faltar la carne. De lo único que ahora escaseábamos era agua dulce que abundaba en las islas vecinas, pero no nos atrevíamos a desembarcar en ellas por el odio que esos indios tenían a los piratas. Mas como la necesidad no respeta leyes, nos vimos forzados a desembarcar en una de ellas metiéndonos unos en el monte mientras otros llenaban de agua los barriles. No había pasado una hora cuando de repente aparecieron los indios y oímos gritar a uno de los nuestros: "¡A las armas, a las armas!" Las cogimos y comenzamos a volarles plomo, de tal manera que no tuvieron más que volver a enmontañarse. Los perseguimos un rato, pero no muy lejos, pues solamente queríamos abastecernos de agua. De vuelta a la playa encontramos dos indios muertos; uno de ellos debió sin duda ser un personaje, ya que alrededor de la cintura llevaba un ceñidor muy laboriosamente tejido, y sobre la barbilla le colgaba una sólida planchita de oro pendiente de dos hilillos de lo mismo cosidos al labio inferior. Su lanza era de palmito con finas labraduras, y en la punta tenía un como garfio que parecía haber sido endurecido al fuego. Ojalá estos indios nos hubieran dado la oportunidad de hablarles, pues queríamos reanudar la amistad con el fin de que volvieran a comerciar con nosotros y poder obtener de ellos provisiones. Pero esto era imposible con esos salvajes. Así y todo, pudimos llenar de agua los barriles.

Oímos por la noche alaridos y clamores en la costa provenientes de los indios. Supimos que lloraban la muerte de los que habíamos matado, y también que de esa manera convocaban gente para hacernos la guerra. Estos indios nunca se han adentrado en el mar, y ni siquiera tienen canoas, y mucho menos botes pesqueros pues no han aprendido a pescar. Y no teniendo ya otra cosa que hacer allí, resolvimos enderezar hacia Jamaica. Vientos contrarios nos empujaron de vuelta al río Chagres, a donde llegamos a fuerza de remos. Al aproximarnos vimos un barco que comenzó a darnos caza. Creímos que sería de Cartagena llegado allí a reconquistar el castillo, en donde ya no quedaban piratas, por lo que desplegamos todo el velamen y corrimos viento en popa buscando en la costa un recoveco donde meternos. Pero ese barco, siendo más marinero que el nuestro, nos alcanzó fácilmente cortándonos el paso. Al acercársenos descubrimos que era gente del mismo oficio, de aquellos de la expedición a Panamá que hasta ese momento estaban abandonando el castillo. Nos dijeron que tenían planeado irse a piratear en aguas de Nombre de Dios y después a Cartagena,

pero que habiéndoselos impedido los vientos se irían con nosotros a Bocas del Toro, donde ya habíamos estado.

Este accidente y encuentro retrasó nuestro viaje en dos días, tiempo que no íbamos a recuperar en quince, obligándonos a volver al lugar del que acabábamos de salir; allí estuvimos unos pocos. Luego partimos a Boca del Dragón a surtarnos de carne, especialmente de un animal que los españoles llaman manatí, (1) y que para los holandeses es "vaca marina" porque tiene cabeza, nariz y dientes muy semejantes a los de la vaca. Se le encuentra en lugares en donde en el fondo del agua vetegan yerbas que ellos comen. Este animal no tiene orejas, no más que dos pequeñas aberturas en las que apenas si cabe el dedo meñique de un hombre. Cerca del cuello posee dos aletas bajo las cuales tiene sendas mamas similares a las de las mujeres. La piel es muy compacta, a modo de la del perro de Barbería, con espesor de dos dedos en el lomo, y que una vez seca es tan dura como barbas de ballena; de ella se hacen látigos y bastones. Su panza es semejante a la de la vaca, hasta los riñones, y su modo de engendrar es igual al de la vaca terrestre, siendo el macho idéntico al toro. Sin embargo, no paren más que un crío; pero no he podido averiguar cuánto tiempo dura la gestación. Estos mamíferos tienen un agudísimo sentido auditivo, de suerte que el pescador debe hacer sólo el más mínimo ruido cuando anda en busca de él. Por eso los indios utilizan para bogar un instrumento silencioso que llaman pagayo, y los españoles canaleta. Cuando los pescadores andan buscándolo no se hablan; se comunican sólo por señas. El arponero le lanza el arpón igual que hace con las tortugas, pero este arpón es diferente del otro, que tiene dos garfios que son más largos que el usado para arponear tortugas. El manatí llega a medir hasta veinticuatro pies. Su carne es suculenta y casi del mismo color de la de la vaca, pero sabe a puerco. Tiene mucha grasa que los piratas derriten y guardan en vasijas de barro para cocinar.

Un día que no se pudo pescar nada, unos salieron a montar y otros fuimos a pescar. Al poco rato vimos venir una canoa con dos indios que apenas nos divisaron comenzaron a canaletear desesperadamente a tierra, pues no querían saber nada de piratas, como éramos nosotros. Jamás pudimos alcanzarlos, y en llegando ellos a la ribera se metieron en el monte alzando en vilo su canoa como si fuera de pajas, y eso que según pudimos calcular cuando un rato después la encontramos, pesaba más de dos mil libras, ya que entre once hombres que éramos nos costó mucho trabajo volverla al agua.

(1) El nombre manatí dado a este animal por los conquistadores españoles se basa en la forma de sus extremidades que parecen manos. En las cartas de Dampier se lee una buena descripción de él. Pertenece al orden de los sirenios; hay dos variedades, una de ellas (*M. Latirostris*) habita en las Antillas y La Florida, la otra (*M. Australis*) en la costa brasileña.

LOS BUCANEROS EN AMERICA

Con nosotros andaba un piloto que conocía bien esos lugares, y nos contó que años atrás llegó allí un barco pirata. Fueron a tierra unos cuantos a coger ciertos pajaritos propios de la región, y estando bajo unos árboles altos y coposos, unos indios que se habían subido a ellos para espíarlos, al verlos llegar debajo se les dejaron caer desde arriba apoderándose de los botes y también de algunos piratas, y a unos y otros se los llevaron al interior de la selva a donde sus compañeros no podían ir a rescatarlos. El almirante de la flota desembarcó entonces quinientos hombres en busca de los secuestrados. Pero vieron juntarse tan gran número de indios que optaron por regresar a sus barcos. Habiendo oído esta historia tuvimos miedo de que nos sucediera algo parecido, así que nos volvimos llevándonos la canoa. En ella no hallamos más que una red de pescar, no muy grande, y cuatro flechas de palmito de unos siete pies de largo. Su forma es esta:



Estas, creemos, eran sus armas. La canoa que nos llevamos era de cedro, pero tan bastamente labrada que nos hizo pensar esa gente no conocía nuestras herramientas.

Zarpamos de allí y al cabo de veinticuatro horas llegamos al río de Zuera, en donde hay unas cuantas casas de la jurisdicción de Cartagena. Viven en ellas algunos españoles a quienes fuimos a visitar, pero no pudimos conseguir carne ni huevos de tortuga porque sus moradores habían huido al vernos llegar llevándose todas las provisiones; tuvimos que acomodarnos con los plátanos que hallamos. Llenamos de eso los botes y proseguimos viaje costeano el litoral. Buscábamos una ensenada para carenar el barco que hacía agua por donde quiera. Varios esclavos trabajaban en las bombas noche y día. Fueron dos semanas de viaje esperando de un momento a otro naufragar. Arribamos por fin a la bahía de Bleevelt, nombre éste de un pirata que acostumbraba entrar allí con el mismo fin que nosotros. Bajamos, y unos salieron a buscar que cazar en el monte; otros se dispusieron a reparar y carenar el barco.

Los del monte trajeron puercoespines de monstruoso tamaño. Pero se dedicaron más a la caza de monos y de ciertas aves llamadas allá faisanes. Los sudores y trabajos que nos costaba eso de cazar yo por lo menos los sentía compensados con el triunfo de matar monos, a los que disparábamos hasta dieciseis tiros de pistola para cobrar sólo tres o cuatro, porque aun estando mal heridos lograban escapar. Por otra parte, era cómico ver a los monitos ceñidos apretadamente al lomo de sus mamacitas, exactamente igual que los negritos se abrazan a la espalda de las suyas. Y cuando un mono es herido de bala, todos sus compañeros de pandilla acuden a él poniéndole las manos en la herida para contener la hemorragia. Otros

cogen puñados de musgo y lo aplican a la lesión. Y hay otros más sabios todavía que mastican ciertas hierbas y arriman el menjunje a la herida a modo de cataplasma. Para mí aquello era asombroso, pues siendo criaturas irracionales daban muestras de amor y apego a sus semejantes.

Tras nueve días de permanencia allí, estando las esclavas ocupadas en lavar los platos, coser y halar agua de los pozos de la costa, oímos los chillidos de una que gritaba: "¡Indios, indios!" Corrimos a coger las armas. Entramos en la selva y sólo hallamos los cuerpos de dos esclavas muertas a flechazos. Tenían clavadas un sinnúmero de flechas como si hubiesen los indios hecho la obra con gran esmero y simetría. Y bien sabíamos que una sola era suficiente para quitarle la vida a un ser humano. Eran de forma y estilo muy raros; median ocho pies de largo, y gruesas como el dedo pulgar. En uno de sus extremos tenían un garfio de madera atado con una cuerda al asta; en el otro extremo había una cajita con ciertas piedrecitas de color rojo y muy brillantes que parecían haber estado allí por mucho tiempo. Supusimos que esas eran armas de sus líderes o capitanes.

- A. Piedra de marcasita atada al extremo de la flecha
- B. Garfio atado al mismo extremo
- C. Asta de la flecha
- D. Cajita del otro extremo.

Estas flechas las hacen sin herramientas, pues los indios tuestan primero la vara, y después la pulen con pedernal.

En cuanto a constitución física son muy robustos, y tienen pies fuertes y muy ágiles. Los buscamos por los contornos y no pudimos dar con sus huellas, ni aparecieron sus canoas, ni tampoco sus balsas en que salen a pescar. Al fin regresamos al barco, y después de haber llevado a bordo nuestras pertenencias, zarpamos temerosos de que volvieran en masa, y que siendo muchos nos escabecharan a todos.

Capítulo VIII

Sale el autor para Cabo de Gracias a Dios. Cómo comercian allí los piratas con los miskitos. Llegada a la Isla de Pinos, y regreso a Jamaica.

El gran temor que nos inspiraban los indios que asesinaron a las dos esclavas, como queda dicho en el capítulo anterior, nos hizo salir de aquel lugar. Tomamos el derrotero de Cabo de Gracias a Dios, en donde habíamos fincado nuestra última esperanza de hallar provisiones. Sabíamos que allí llegaban muchos piratas amigos de los miskitos a comerciar con ellos. Llegados allá dimos mil gracias al Todopoderoso por habernos librado de tantos peligros y encontrarnos sanos y salvos en ese refugio en donde hallamos gente que nos recibió cordialmente proveyéndonos de cuanto necesitábamos.

Cuando los piratas llegan a ese puerto es corriente entre ellos hacerse de una mujer a cambio de un cuchillo, una hacha vieja o una hachuela. Ya con eso queda la miskita obligada a amancebarse con el pirata por el tiempo que él permanezca en el puerto; es como su sirvienta y lo abastece de todo lo que la tierra produce. Él, en cambio, puede ir donde le plazca, sea a pescar o a cazar, o a divertirse como mejor le parezca, pero no debe ofender ni robar nada a nadie, eso sí no.

Llegan estos indios a entenderse tan bien con los piratas que a menudo se van con ellos por años a piratear al mar. De donde resulta que muchos regresan hablando inglés o francés, y los piratas aprenden la lengua de los naturales. Son muy diestros arponeros, y tanto que en esos viajes proveen de tortugas y manatíes a los barcos, ya que un solo miskito puede pescar lo suficiente para dar de comer a cien piratas. Dos de nuestros hombres hablaban muy bien la lengua de esos indios; de ellos me serví para saber de su vida y sus costumbres, y lo poco que averigüé es lo que sigue:

Esta comarca tiene alrededor de treinta leguas cuadradas de superficie, y se gobierna a manera de comunidad, sin rey ni soberano. Sus habitantes no tienen trato con las islas vecinas, y muchos menos con los españoles. Son un pueblo pequeño con no más de mil setecientos habitantes. Hay entre ellos unos pocos negros que son sus esclavos; llegaron éstos allí a nado cuando el barco en que iban naufragó frente a esa costa debido a que los negros a quienes llevaban a vender en algún lugar de tierra

firme se amotinaron contra los negreros blancos con el propósito de volverse al Africa; para eso mataron al capitán y a los marineros y tomaron el barco en sus manos, mas no siendo ellos hombres de mar lo estrellaron contra los escollos de la costa. Y encima de que son un pueblo pequeño, están divididos en ocupaciones, una de las cuales es de agricultores. Los demás son tan perezosos que ni siquiera tienen ánimo para levantar un rancho, y mucho menos una casa. Y así se les ve deambular por la playa sin cubrirse de las lluvias, muy frecuentes allí por cierto; no más se entapujan la cabeza y la espalda con hojas cuando llueve demasiado fuerte. Llevan por todo vestido un mandil hecho de cierta corteza de árbol que ablandan a golpes de piedra; de eso mismo sacan sus cobijas. Algunos se les hacen de algodón, pero esos son muy pocos. Por toda arma tienen la azagaya, que es una lanza en cuya punta incrustan algún pedazo de hierro o dientes de lagarto.

Saben, en cierta manera, que hay un Dios, pero viven sin religión. Sin embargo, por cuanto logré saber, no rinden culto al diablo ni creen en él como muchos otros indios de América que lo adoran e invocan; así que éstos no viven tan angustiados como aquéllos. Su principal sustento consiste en frutas tales como bananos, piñas, papas, casabe, y también cangrejos, pescados y otros mariscos que matan a flechazos. En cuanto a bebidas son expertos en la confección de licores suaves y gustosos. El más común entre ellos es el "achioc" que hacen de una semilla de cierta palmera que maceran y después remojan en agua caliente hasta que se asienta. Esta bebida, una vez colada, es muy sabrosa y nutritiva. Preparan también otros licores que por razones de brevedad omito. Sólo quiero decir algo acerca de la bebida que hacen del plátano. Este lo amasan con las manos remojándolo en agua caliente y luego lo ponen en grandes calabazas (güiro o nambiro) que llenan de agua fresca en las que dejan la masa por ocho días hasta que se fermenta como el mejor de los vinos. Beben este licor con deleite, y tanto así que cuando invitan a sus amigos o parientes, no pueden regalarles con nada mejor que esta deliciosa bebida.

En cuestión de condimentar comida sí que son torpes, y por eso sólo raras veces convidan a comer. Cuando quieren invitar a alguien mandan un mensajero o van ellos mismos a su casa con la razón de qué lo esperan para tomarse unos tragos. Antes de llegar los invitados el anfitrión se peina con esmero y se unta con aceite de coco mezclado con cierta tintura negra que le hace ver muy repugnante. Las mujeres, como los hombres, se pintarrajean la cara con una substancia roja como el carmín. Y esto es lo más que llegan a hacer para embellecerse. Después, el que ha invitado toma sus armas, que son tres o cuatro azagayas, y sale de su rancho hasta tres o cuatrocientos pasos a esperar a los convidados. Cuando ya están cerca, el anfitrión se tira al suelo boca abajo y ahí se queda por un rato sin moverse, como si estuviera muerto. Luego los invitados lo levantan y se van con él al rancho a cuya entrada hacen ellos el mismo papel

que hiciera el anfitrión afuera. Toca entonces a él levantarlos uno a uno y estrechándoles la mano los lleva adentro en donde les ofrece asiento. Las mujeres hacen muy poca o ninguna ceremonia.

Una vez adentro, a cada huésped se le da un nambiro lleno de la bebida que ya dije hacen del plátano, que es por cierto muy espesa, casi tanto como el atole; cada nambiro contiene más o menos un galón que el invitado debe ingurgitarse. Vaciadas ya las calabazas el señor de la casa, con gran solemnidad, las recoge y las vuelve a llenar, porque la primera no ha sido más que el trago de bienvenida para una sola persona, y hay que dársela a todas, una por una . . . Después de esto comienzan a beber del licor que antes mencioné, que fue para lo que invitaron. Luego vienen muchas canciones y bailes y la mar de arrumacos y caricias a las hembras. Y llega esto hasta el punto de que para demostrarles los hombres su inmenso amor toman una azagaya y se clavan la punta en el miembro viril, cosa que yo me negaba a creer hasta que con mis propios ojos ví esa y otras semejantes. Y no lo hacen únicamente en tales ocasiones, sino también en cualquier momento en que declaran su amor a la mujer deseada.

Las jóvenes no se casan sin el consentimiento de sus padres. Y cuando un mozo pretende a una pide su mano al padre, quien le hace preguntas referentes a sus conocimientos sobre la responsabilidad que corresponde a un jefe de familia, como decir si puede hacer azagayas, arpones, y si sabe trenzar la cuerda de los arcos para flechas. Una vez satisfecho de las respuestas, pide el padre a la hija que traiga un huacal del dicho brebaje, del cual toma él primero y luego lo pasa al joven, y éste seguidamente a la novia que lo termina de beber. De esta manera queda consumado el matrimonio. Cuando alguien brinda a la salud de otro, este último debe beberse todo lo que el primero ha dejado en el huacal. Pero en el caso de las bodas, según se dijo, son sólo los tres quienes lo beben, y a la novia toca la mayor parte del huacal.

Cuando entre los miskitos la mujer está pariendo no debe ella mirar, ni tampoco su marido. Pero apenas sale a luz la criatura, corre la madre al río o a un ojo de agua cercano a lavar al recién nacido y en seguida lo envuelve en fajas que ellas llaman "cabajas". Luego vuelve a sus quehaceres domésticos de rutina. Cuando muere un hombre su esposa lo entierra con todas sus azagayas, mediles y las rodajas que en vida llevó en las orejas. Y a la mujer le queda como obligación visitar todos los días, durante un año, la tumba del difunto y dejarle carnes y bebidas. Calculan ellos un año en quince lunas, que vienen a ser los doce meses de nosotros.

Algunos cronistas, al escribir sobre las islas del Caribe, afirman que esta ceremonia de llevar comida a los sepulcros de los muertos es cosa común entre ellos, y que el diablo llega de noche a llevarse todo lo que ha

dejado la viuda. Pero a mí que no me vengan con esos cuentos, ya que en muchas ocasiones fui yo mismo que se alzó con ello. Y por eso mismo puedo decir que al muerto le llevan lo mejor de lo mejor en cuestión de frutas y bebidas. A cabo de ese año obligatorio, la viuda exhuma los huesos del marido que luego monda y lava para después ponerlos a orear al sol. Estando ya bien secos los hace un manojo y luego los envuelve en las tales "cabalas", y un zurrón de eso mismo lleva los huesos a cuestras por un año durante el día, y por la noche duerme con ellos hasta que expira el otro año. Pasado este tiempo cuelga el zurroncito del dintel de la puerta de su casa, si la tiene, o del de su más próximo vecino o pariente, si no la tiene.

Las viudas, conforme a la ley del pueblo, no pueden volver a casarse antes de esos dos años. A los hombres no se les obliga a nada cuando pierden su mujer. Pero si un pirata se casa con una miskita, ella debe comportarse con él como si fuera otro miskito de allí. Los negros radicados en esa tierra llevan, en todo respecto, la misma vida (usos y costumbres) que llevaban en su país de origen. De todo esto he querido dar cuenta, aunque de paso, porque me parecen cosas dignas de interés para personas de cierta cultura.

Pero debo reanudar el hilo de mi narración.

Luego de habernos abastecido cuanto mejor pudimos en esa tierra, zarpamos con destino a la Isla de Pinos, a donde arribamos después de quince días. Allí tuvimos que reparar por segunda vez el barco que no prestaba ya ninguna seguridad. Nos dividimos, como antes, en dos grupos, unos dedicados a calafatear y otros a pescar. Fuimos en esto último tan afortunados que en seis o siete horas cogimos tantos peces como para dar de comer a mil personas. Se habían venido con nosotros unos miskitos del Cabo de Gracias a Dios muy duchos en pescar y cazar. Con su ayuda matamos en corto tiempo muchas reses cimarronas cuya carne salamos, y con eso tuvimos para darnos un buen atracón y guardar el resto para el viaje. Estas reses las trajeron los españoles a la isla a fin de multiplicar allí la ganadería; cogimos en ella gran número de tortugas de cuya carne también hicimos cecina. Pertrechados de esa manera comenzaron a disiparse nuestras angustias, y de nuestra memoria desaparecieron los tristes recuerdos de pasadas desventuras. Y de ahí en adelante volvimos a llamarnos hermanos, tratamiento que nuestras miserias nos habían hecho olvidar.

Todo el tiempo que permanecimos allí reparamos las fuerzas comiendo a dos carrillos y a dos manos, sin temor del enemigo. Porque en cuanto a los españoles de la isla estaban en un todo con nosotros. De modo que de lo único que teníamos que cuidarnos de noche era de los caimanes que

abundan en la isla; y sabíamos que cuando tienen hambre atacan al hombre, como sucedió en esa ocasión con uno de nuestros compañeros. Pues fue el caso que este individuo salió al monte en compañía de un negro con quien se echó a dormir en el suelo cerca de donde acechaba un caimán que súbitamente se abalanzó sobre el español cogiéndolo de una pierna. El negro en vez de ayudarlo, huyó, pero el español, hombre fornido, echó mano a su cuchillo y tras una lucha feroz lo mató. Muy fatigado el español, y débil por la sangre que había perdido, cayó sin sentido al suelo. Allí lo encontró el negro que un rato después regresó a ver qué había sido de su amo. Lo levantó, y cargándolo a cuestras lo llevó hasta la playa, distante una legua del lugar. Lo pusimos en un bote y lo llevamos a bordo.

Después de este suceso nadie se atrevió a ir al monte sino muy bien acompañado. Y un buen día, deseosos de vengar la desventura de nuestro camarada, fuimos en grupo allá a buscar caimanes que matar. Solían estos saurios venir de noche a los costados del barco como tratando de subir a él. Una de tantas noches logramos coger uno prendiéndolo de un garfio de hierro; pero él, en vez de tratar de huir hundiéndose, comenzó a subir por la escalerilla, hasta que lo matamos. Después de una prolongada estadía en la Isla de Pinos, durante la cual nos avituallamos de todo y reparamos el barco, pusimos proa a Jamaica, adonde tras una travesía sin contratiempos, arribamos en pocos días. Allí encontramos a Morgan que había llegado antes que nosotros; supimos que éramos los primeros que él veía de aquellos a quienes dejó en el Chagres.

Estaba entonces el capitán pirata muy atareado reclutando gente para llevarla a la isla de Providencia que pensaba fortificar y retenerla como propia con el propósito de hacer de ella un cubil de corsarios de toda nacionalidad, o por lo menos de sólo compatriotas suyos. Pero la inesperada llegada de un barco de guerra inglés estropeó su plan, pues el tal barco era portador de una orden de Su Majestad el rey de Inglaterra al gobernador de Jamaica llamándolo a la corte de Londres a rendir cuenta de sus relaciones con los piratas a quienes había mantenido allí en perjuicio de los súbditos del rey de España. En el mismo barco venía también el nuevo gobernador de Jamaica, quien habiendo tomado posesión del cargo notificó a las autoridades de todos los puertos de la isla que el rey de Inglaterra estaba en buenas relaciones con Su Majestad Católica y sus vasallos, por cuya razón, de ese momento en adelante, su amo el rey reconocía esa parte del mundo occidental, junto con todos sus habitantes, como sujetos al rey de España. Y que en lo porvenir no se permitiera —en cumplimiento de órdenes terminantes de Su Majestad y del Consejo Privado— salir de la isla de Jamaica a ningún pirata con fines de hostilizar ni robar a los españoles, ni tampoco a las gentes de otras nacionalidades de las islas vecinas.

Los piratas que en esos días espumaban las aguas del Caribe y a cuyos oídos llegó la noticia, no osaron volver a la isla y se quedaron en el mar

LOS BUCANEROS EN AMERICA

mientras pudieron cometiendo toda clase de fechorías. Y poco después esos malvados tomaron y saquearon Villa de los Cayos, en la propia Cuba. Allí perpetraron las mayores atrocidades imaginables, pero el nuevo gobernador de Jamaica, fiel a su cometido, echó mano a varios de los más culpables, y los ahorcó. Visto lo cual, muchos otros de la misma ralea, temerosos de caer en sus manos, fueron a refugiarse a la isla de Tortuga, en donde se unieron a los piratas franceses que habitaban allí, y con ellos siguen hasta el día de hoy.